

LAS UNIVERSIDADES CALIFORNIANAS EN LA POSTGUERRA

Cierto día, a fines de 1943, reunido el profesorado de la Universidad californiana de Leland Stanford, trataba de la forma de resolver un problema de caracteres apremiantes. El Ejército norteamericano acababa de enviar al centro docente 3.000 hombres que habían de ser alojados, alimentados e instruidos en ingeniería, medicina, idiomas extranjeros y relaciones internacionales. Con ellos aumentaba la matrícula de la Universidad hasta 5.500 alumnos. Y el profesorado y los servicios existentes sólo bastaban para 3.700. Entonces observó uno de los catedráticos: «Estos problemas de ahora nos parecerán nimios cuando termine la guerra, porque entonces sí que tropezaremos con dificultades insuperables.»

Y su pronóstico se ha cumplido, según ha podido comprobar el personal docente de toda la nación norteamericana. California no ha constituido una excepción en la regla general. Con numerosos desmovilizados en su territorio, poco deseosos de irse a otro sitio, y una población que aumenta mensualmente en 20 ó 30.000 almas, ese Estado ha visto convertirse en insuficientes sus centros docentes, constituídos por siete Universidades, siete Escuelas Normales y otros numerosos establecimientos de enseñanza superior.

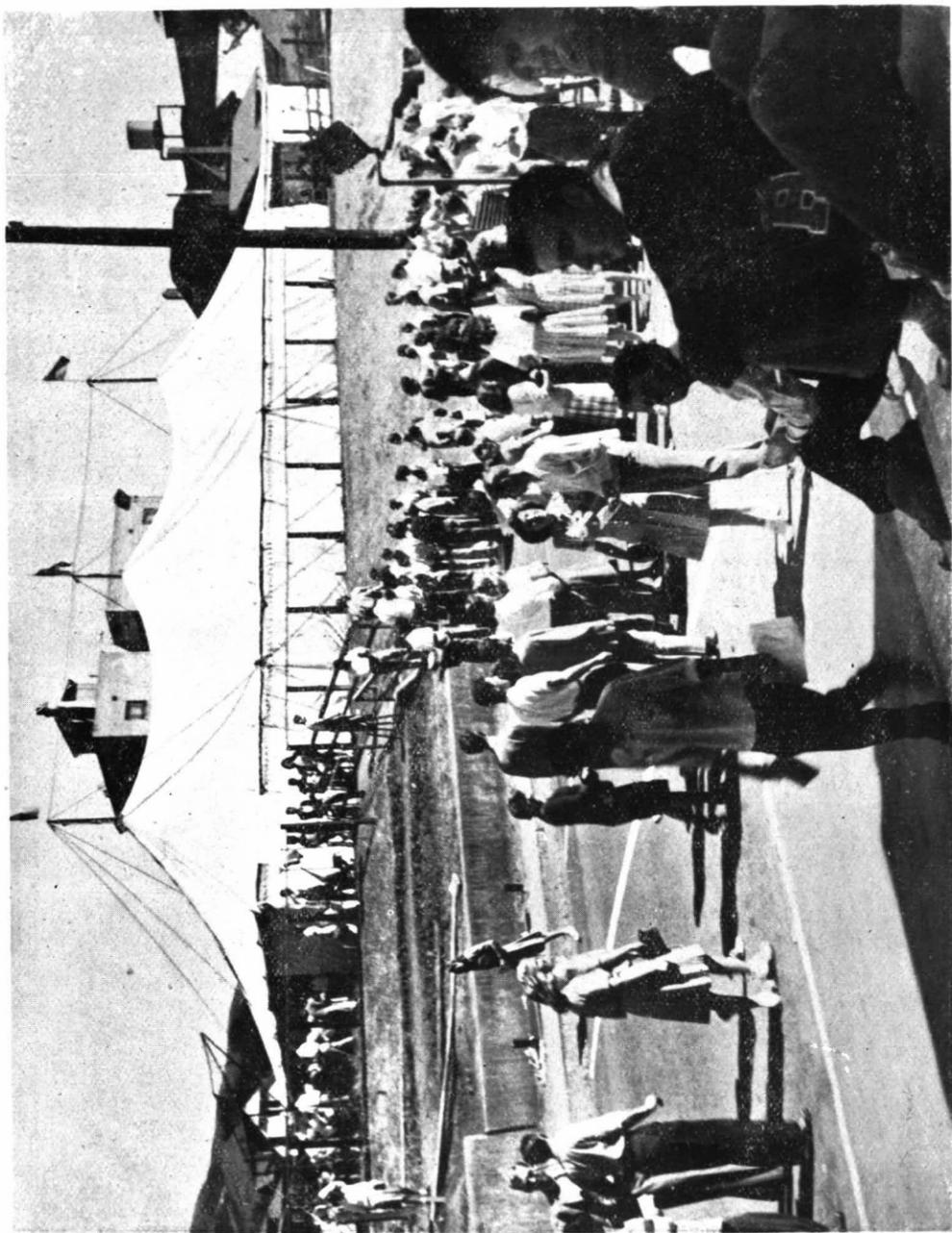
Influye principalmente en el considerable aumento de las ma-

trículas la ley de derechos del ex-combatiente, aprobada por el Congreso norteamericano, con arreglo a la cual paga el Gobierno a los desmovilizados sus estudios, los libros de texto y parte de sus gastos de estancia en los centros docentes. Pero, aparte de los ex-combatientes, también hay estudiantes de bachillerato que trabajaron en fábricas durante la guerra; muchachas que entonces ayudaron a sus padres en su trabajo, y obreros que ahorraron en aquellos años el dinero suficiente para costearles los estudios. Por otra parte, los Institutos de segunda enseñanza envían cada vez más estudiantes a las Universidades.

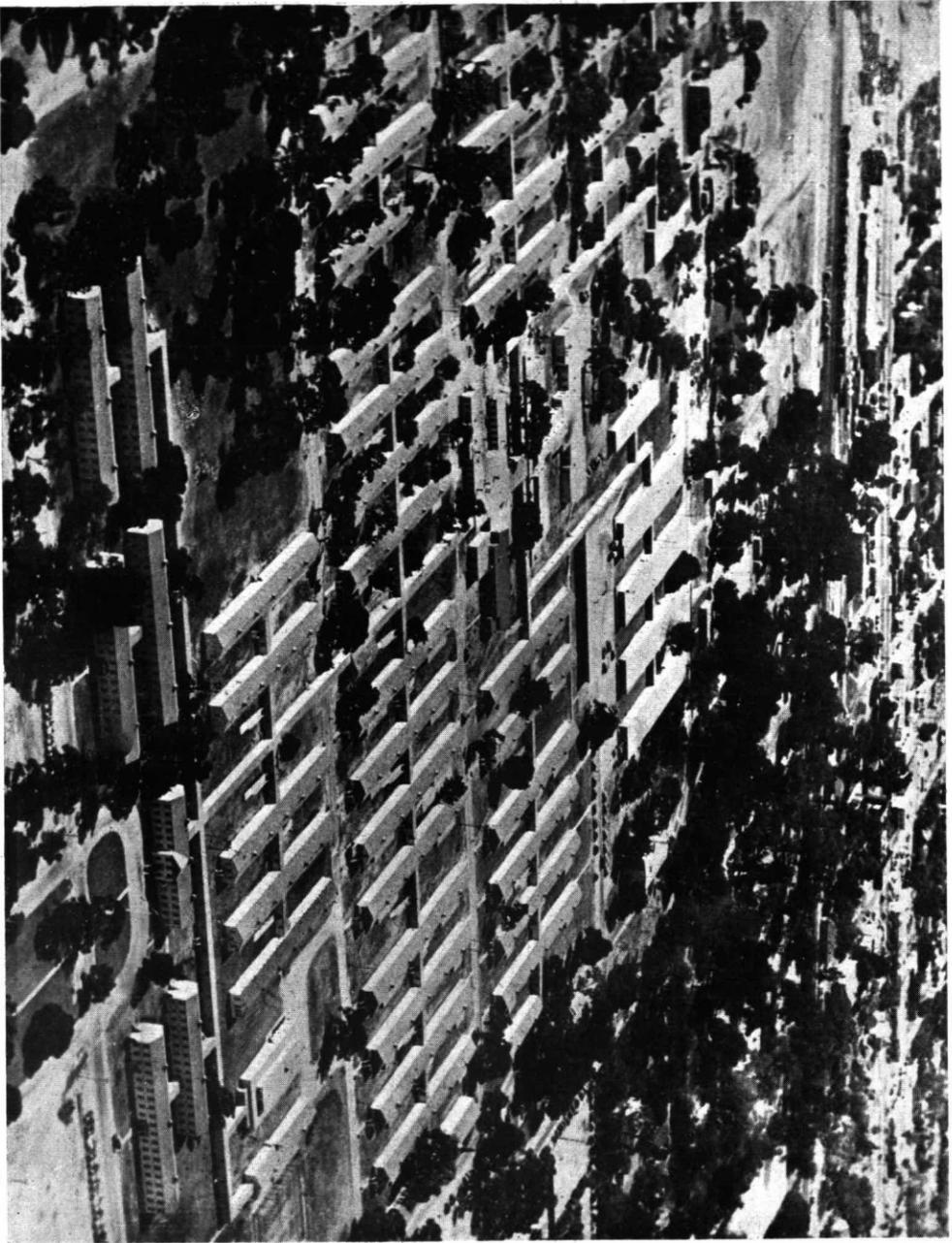
Tomemos por ejemplo la Universidad de California. Ese centro había tomado sus medidas para alojar 32.600 estudiantes en el curso actual. A fines de septiembre, la matrícula había alcanzado la cifra de 38.985 alumnos, con un aumento de cerca de 20.000 en un año, de los cuales eran ex-combatientes cerca de 11.000. Aquellas semanas constituyeron una verdadera pesadilla para el personal de la Universidad. Había días en que se matriculaban 5.000 alumnos.

Los establecimientos han tenido que recurrir a medidas perentorias para hacer frente a esa avalancha. La Universidad de Leland Stanford, que antes de la guerra tenía dificultades para alojar a 5.500 alumnos, tiene hoy día matriculados a 7.237, de ellos 4.144 ex-combatientes. Para albergarlos debidamente tomó el centro la resolución de adquirir un antiguo hospital del Ejército, situado en las cercanías y puesto en venta. De esa forma, los terrenos de la Universidad, que abarcaban antes 3.600 hectáreas, se han visto aumentados en otras 40, en las que se encuentran edificios administrativos, almacenes, cocinas, restaurantes, campos de tenis, un casino, una biblioteca y una capilla. Las cincuenta y tantas salas del hospital, unidas entre sí por kilómetros de pasillos, se convirtieron en habitaciones amuebladas para unos 3.000 alumnos, dándose especial preferencia a los casados.

Por su parte, la Universidad de California adquirió una barriada construida durante la guerra para alojar a los obreros de un astillero, y en ella ha albergado a cerca de 2.000 alumnos. Hay un servicio de autobuses entre la Universidad y la barriada, situada



En esta tienda, semejante a un circo, se instalaron en septiembre pasado las oficinas de matricula en la Universidad de California.



El antiguo hospital militar adquirido por la Universidad de Leland Stanford para albergar a sus alumnos.

a unos 12 kilómetros de distancia. En los terrenos del establecimiento se han construido alojamientos para 500 alumnos.

En otras Universidades se ha recurrido a medidas análogas. Pero, en tanto que administradores y estudiantes luchan con esos problemas de carácter práctico, los catedráticos se ocupan de asuntos más importantes, que se pueden condensar en la preocupación de si tendrá éxito el nuevo sistema de educación en serie. El profesorado sabe que los alumnos, una vez fuera de la Universidad, no volverán a acordarse de las molestias ocasionadas por la aglomeración, pero tampoco ignora que no podrán poner remedio alguno si su educación ha sido defectuosa. Conscientes del peligro desde el principio de la extraordinaria afluencia de postguerra, los profesores han trabajado días y semanas para redactar programas completos de estudio.

En conjunto, la ampliación de las Universidades tiene lugar con arreglo a planes bien concebidos. En la de Leland Stanford se realizó un estudio de aprovechamiento de espacio, en el que no se olvidó ninguna mesa de los laboratorios, ningún estante de la biblioteca y ningún asiento en las salas de conferencias. A fin de mantener la proporción mínima de un profesor por cada 15 alumnos, el personal docente del centro fué aumentado en 140 catedráticos. Los programas de estudio están sometidos a una observación constante.

Todas esas medidas han dado los resultados esperados, contribuyendo a elevar en la mayoría de los casos el nivel de enseñanza, por parte de profesores y alumnos. Los ex-combatientes dan muestras de extraordinaria formalidad. Esos hombres fatigados de las batallas saben perfectamente lo que quieren y adónde van. Su aplicación contagia a otros estudiantes que emprendieron su trabajo escolar sin ideas fijas.

También el profesorado reconoce que se ha visto estimulado por la novedad que ha representado para él la enseñanza en serie, y se pregunta si se tratará de algo de carácter pasajero. Porque no falta quienes crean que disminuirá la matrícula dentro de cuatro o cinco años, cuando los ex-combatientes hayan terminado sus estudios.

En los últimos setenta años, en tanto que se ha triplicado la po-

blación de los Estados Unidos, las matrículas universitarias han aumentado hasta ser treinta veces mayores. A fines de 1944 estudiaban en las Universidades norteamericanas unos 750.000 jóvenes de ambos sexos, y a últimos de 1946 se había elevado su número a 2.080.000. Son centenares de miles los que esperan turno para matricularse. El gran crecimiento de la población norteamericana en esta década, que se calcula hasta ahora en una cifra que oscila entre ocho y diez millones de almas, hará afluir a las Universidades una nueva oleada de jóvenes en los años comprendidos entre 1955 y 1965.

Terminaremos con las declaraciones del doctor Tresidder, uno de los catedráticos de la Universidad de Leland Stanford, que ha dicho lo siguiente: «Me es imposible prever cuánto tiempo durará esta afluencia. Pero ello es lo de menos importancia. Son asombrosas las oportunidades que ofrece la educación en serie. En nuestra época de postguerra se ha presentado como ideal al pedagogo norteamericano enviar a la lucha que sostiene el mundo para mejorar su condición un número cada vez mayor de jóvenes debidamente capacitados para coadyuvar al progreso hoy día, y dentro de diez, veinte y treinta años.»

P. C. H.